

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

JUAN RULFO

IBA ADOLORIDO, AMODORRADO DE CANSANCIO

Iba adolorido. Amodorrado de cansancio. No llevaba ningún rumbo. Caminaba sobre girasoles amarillos, abriéndose brecha bajo la sombra amoratada del cielo.

Vio nacer el lucero de la tarde frente a sus ojos. Sintió girar el viento a su alrededor. El viento que se llevaba y deshacía pedazos de nubes. Oyó el quejido de la tierra al ser apretada por sus pisadas. Y siguió.

No volvió la cara. No quiso ver lo que se quedaba atrás.

Sentía la colgante mano, pesada. La misma mano que había sostenido la «38 super» cuando se soltó echando relámpagos de un azul desteñido por el sol del mediodía. Un sudor frío se le colgaba por debajo de los brazos. Le llegaba hasta la cintura y allí le hacía rueda.

Los girasoles se marchitaron al irse el sol. Caminó entre tallos de yerbas al comenzar a caer el rocío. Entonces oyó el llanto ululante de los niños. El llanto que lo rodeaba como si fuera niebla. Porque había entrado a la región de la niebla; donde la noche pastoreaba nubes.

Los niños. Aquel puño de hijos del padre que él había matado.

Sintió un escalofrío. Luego prosiguió la marcha. Se detuvo al entrar en los árboles y atisbó hacia abajo, hacia la llanura, y vio muy lejos el pueblo que él había dejado.

Después del «percance» trató de eludir sus propios pensamientos. Acompasó sus pasos de tal modo que no le dejaran la cabeza vacía para poder cavilar. La llenó de ruidos, de sonidos, hasta del llanto de los niños que él había dejado junto a la puerta, mientras su padre era taladrado. Mientras que aquel hombre al que ellos decían «papá» quedaba clavado con clavos de plomo sobre los adobes blandos de la pared encalada. Lo vio caer como caen los muertos, con las manos abiertas y mordiendo el suelo con la boca ensangrentada. Oyó tronar los dientes al quebrarse de aquella boca que se vino sosteniendo todo el cuerpo desvencijado de fuerzas y de vida.

Salió del pueblo entre un chubasco de gritos, pero todavía con la «38 super» en la mano, de la que se le resbalaban las cachas de concha como si fueran vidrios sudados y se le escurría el dedo todavía apretado al gatillo.

Había llegado al mediodía. Esperó la hora de la siesta en que el pueblo estuviera vacío, cuando la gente está bajo techo, rumiando o aguardando la voltereta del sol de la tarde. Hasta creyó que iba a necesitar despertarlo de su siesta. Pero estaba allí, viendo jugar a los hijos. Deteniendo sus juegos con los ojos.

Los ojos se le alegraron al verlo. Hasta levantó una mano para saludarlo. Pero el otro respondió con unas luces brillantes que quemaban; tan seguidas que él no pudo ni darse cuenta de lo que sucedía. Y cuando se apagó la luz, aunque había sol, él se echó al suelo, de bruces, enterito y total, y dejó ir sus últimas fuerzas... Sin dolor.

—No, no sentí ningún dolor; eso hubiera dicho si alguien se lo hubiera preguntado. Y en caso que él respondiera todavía.

Los niños gritaron. Sí. Oyó sus gritos. Y las ventanas del pueblo se abrieron y por ellas se asomó la cara de la gente. Por las puertas salieron cuerpos que corrían hacia él, zarandeando los brazos. Vio aquel barullo y el bullicio que lo rodeaba.

Y, sin embargo, ahora huía. Sin camino. Cruzó campos llenos de girasoles. Y mucho más allá del atardecer miró cuando nacía el lucero de la tarde.

Tuvo que esperar muchos años para esto. Había fregado trastes y lavado camisas y calzones sucios en un barco. Se fue por vergüenza, después que supo que a su hermana Carmela la habían violado. Cuando fue a reclamar y en lugar de disculpas había recibido golpes a destajo que le hicieron turbulenta la sangre desde entonces.

Él se llamaba Hermenegildo. Su hermana se llamaba Carmela. Habían nacido juntos, en un mismo costal y se habían quedado huérfanos al mismo tiempo; a la misma edad de trece años. Y fue poco más o menos por ese mismo tiempo que ella parió un hijo.

Había luz lunar esa noche. Lo despertó un quejido tierno, luego el jadeo como de alguien que agoniza y después un chillido, largo, ululante como aullido. Todo eso en una misma noche, apenas en un rato.

La aporreó hasta que le dijo quién había sido. Y salió a la calle a buscarlo.

Volvió hecho una pura lástima, apenas si podía caminar. Cuando entró a la casa se bamboleaba y caía desparramándose todo desguanzado por el suelo. Así amaneció. Los ojos huraños mirando la tierra tan cerquita que no miraban nada.

Y se fue del pueblo.

Se olvidaron de él.

La Carmela seguramente había tenido más hijos, porque él vio un buen puño cuando se acercó al Aniceto para no errarle a la sentencia que le tenía prometida.

Y él se había prometido, a su vez, guardar los últimos tiros para él. Y así lo había hecho según supuso. Después que disparó para enfrente, disparó contra sí mismo, por igual; cuatro para allá, cuatro para acá.

Pero ahora huía. Sentía la «38 super» que compró con todos sus ahorros hiriéndole la mano; agarrotada y temblequeante como si se le hubiera acalambrado. La sentía todavía en su estremecimiento, acalorizada por la llama de las balas calientes. Tibia aún... Tibia.

Luego llegó la noche. Sus ojos no veían más que la noche. Se sentó a descansar.

Pensó que ya era hora de volver al pueblo para recoger a su hermana y a los niños. Estaba en sus planes de ahora no dejar a la hermana sola ni a los hijos huérfanos. «Habrán llorado ya todo lo que pudieron y ahora estarán dormidos».

Entonces regresó. Cruzó los mismos campos de girasoles y entró al pueblo. Se acercó a la casa por entre calles solas, deslumbradas, y al llegar a la pared de adobes junto a la puerta bajó los ojos y vio al muerto tendido en la banqueta, de bruces, tal y como estaba cuando cayó.

Se restregó los ojos con la mano entumida por la pesada pistola y vio cómo regresaba la luz del mediodía. Y oyó un jadeo que salía de su boca y miró a la gente que asomaba las caras por las ventanas abiertas, y un barullo de voces y de hombres que corrían hacia él zarandeando los brazos lo rodeaban.

Pero una cosa espesa y pegajosa le volvió a oscurecer los ojos; ya no pudo ver y ya no pudo oír, sólo le quedaron fuerzas para vomitar su propia sangre.